

ENSAYO*

"LA BIOGRAFIA COMO GENERO HISTORIOGRAFICO"

Por Carlos Seco Serrano

Catedrático de Historia
Contemporánea de España
de la Universidad Complutense

NO PUEDE negarse que, hoy por hoy, la biografía representa un género historiográfico en baja. Ilustrativo es el caso de un licenciado en Historia, que había abandonado los estudios hace muchos años. Renacida su vocación —claro que desde el nivel en que, allá por 1945, concluyó su carrera—, y con la posibilidad de acceder a adecuadas fuentes documentales, me propuso un tema para su posible tesis doctoral: la figura del general Serrano, duque de la Torre, por dos veces jefe de Estado, protagonista principal y encarnación —con Prim— de la revolución de 1868. El tema me pareció, en efecto, de indudable interés; y para que ampliase su horizonte de asesoramientos, sugerí a mi interlocutor que se pusiera en

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposición en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tomás Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiográficas en la España contemporánea*, por José María Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense; *Demografía histórica*, por Felipe Ruiz Martín, catedrático de Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia de la ciencia e historia*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia, y *Categorías historiográficas y periodificación histórica*, por Juan José Carreras Ares, profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

contacto con un gran especialista en nuestra historia contemporánea, en inquieto y fructuoso desvelo hacia corrientes y técnicas de última hora. La consulta resultó descorazonadora para el doctor en ciernes: el gran maestro —colega y amigo mío—, había desechado, ya de entrada, la tesis “biográfica”: lo biográfico, según él, no merecía la pena en los planes de una investigación actualizada. Quiero pensar —pues no hablé directamente del asunto con el maestro en cuestión— que no entendió bien de qué se trataba; porque es cierto que el género biográfico puede ser una absoluta banalidad, si no lo aborda un auténtico historiador. Pero también lo es que el auténtico historiador no puede prescindir de la biografía, para serlo plenamente.

Si la Historia, según quería Huizinga, es un “rendimiento de cuentas del pasado”, y cada rendimiento de cuentas responde a un cuestionario distinto —según la generación, o el “nivel generacional” que lo plantea—, sin duda el “cuestionario” de nuestro tiempo ha de reflejar un fenómeno generalizado: la inmersión de lo individual en lo colectivo, la sustitución de “los hombres” por “la masa”. Se trata de una manifestación más de esa “socialización” —no estoy muy seguro de haber escogido el término exacto: habría que hablar, más bien, de “vocación gregaria”—, a la que aceleradamente nos encaminamos, pese a los estallidos de individualismo exacerbado que aquí y allá brotan, en nuestro atormentado mundo, como réplica al proceso de alienación que aplasta a la *persona* en cualquiera de las sociedades —comunista o capitalista— que nos ha tocado disfrutar. Como ha subrayado Madariaga, “hoy casi todo el mundo es marxista; de modo que el hombre cualquiera halla muy difícil sustraerse a la presión social”. En efecto, esa presión lo inunda todo. También los objetivos y los métodos de la historiografía.

Me apresuro a advertir que soy un admirador de la gran escuela francesa que renovó la metodología histórica —hace ya medio siglo—: la de los “*Annales*”, la de Bloch, y Fèbvre, y Braudel. Pero entiendo que esa escuela se ha ido viendo usurpada, en sus ambiciosos planteamientos, por un estricto materialismo de cuño marxista, que tiende a potenciar, como fuerza neutralizadora de cualquiera otra en la evolución de la historia humana, la encarnada por los factores económicos. Y esto es exactamente todo lo contrario de la “historia íntegra” o de la “historia total” preconizada por Fèbvre: supone una parcialización de la Historia, que desestima, para empezar, la libertad insobornable del espíritu humano.

“El hombre —ha escrito muy certeramente el gran maestro

de nuestro Medioevo, Claudio Sánchez Albornoz—, tampoco habría sido libre si las comunidades humanas hubiesen sido regidas por estrictas necesidades materiales; si en el Hombre, con mayúscula, no hubieran convergido muchas apetencias diferentes, que se reflejan en una múltiple serie de proyecciones distintas sobre su estructura vital; que se han ido vertiendo en la Historia por cauces distintos y que siguen empujando a los hombres hacia el futuro. Ello no obstante, en los últimos decenios ha ido imponiéndose y generalizándose la interpretación económica de la Historia. Y han llegado a admitirla muy inteligentes historiadores que no viven en países marxistas y que, por tanto, discurren libremente sobre el sentido de la Historia y libremente se expresan. No he sido nunca un hombre empecinado en mantener teorías u opiniones, encerrado a las novedades teóricas tanto en el campo del pensamiento como en el de la historiografía... Ahora bien, mis análisis y comprobaciones me han convencido de la falta de rigor de la interpretación marxista de la Historia, y empleo el vocablo marxista con todo género de reservas⁽¹⁾.

Por mi parte, creo que es una fecundísima conquista técnica la aplicación de las computadoras a determinados aspectos de la tarea del historiador; y merece todo mi respeto el *especialista* en historia económica o socio-económica, en cuanto tal —como me la merece asimismo el especialista en historia de las instituciones, o en historia de las ideas, o en historia de los estilos artísticos—. El problema está en no confundir la parte con el todo; bastaría recordar, y tener siempre presente, la frase de Fèbvre: “No me habléis de método. Método es el hombre”. Por eso Fèbvre fue capaz, no sólo de replantear el alcance de la tarea investigadora en el historiador auténtico insistiendo en la necesidad de un estudio “total” de las estructuras determinantes del devenir humano, incluido su encuadramiento geográfico, sino también de calar magistralmente en la personalidad íntima, torturada e inquietante, de Martín Lutero; o de poner de relieve, mediante “un corte en horizontal” —según la expresión de Braudel— en todo el mundo de términos, conceptos, convicciones y dudas, sensibilidades y temores en que hubo de “producirse”, la religiosidad de Rabelais. Braudel ha insistido, con brillantez, en la necesidad de coordinar, de modular la tarea del historiador propiamente tal, con las del sociólogo, del antropólogo, del psicólogo, del demógrafo, del geógrafo, del economista... integrados en un común objetivo. Y ésa debe ser nuestra aspiración, rehuyendo el extremo en que han caído no pocos de los que pretendiendo estar en los secretos de la “historia

total", han hecho de la necesidad virtud, expulsando de la "historia-ciencia" todo aquello que les resultaba inasequible. Ante su incapacidad manifiesta para captar el resorte último de la aventura humana —el "hombre individuo"—, a través de los diversos caminos que a él llevan, se han limitado a atrincherarse tras los estrictos, y siempre discutibles, cálculos estadísticos, y han decidido que en ellos empieza y termina todo el quehacer del historiador.

Por lo demás, el acontecer histórico no se presenta nunca, en la realidad, desarticulado, compartimentado, descuartizado⁽²⁾, sino en una compleja síntesis en que todos los elementos se influyen reciprocamente, coadyuvan simultáneamente a la "historia íntegra". Y en el fondo, en la raíz de esa síntesis compleja está el hombre: el hombre, en el que también aparecen, conjuntadas y simultáneas, todas sus funciones: el pensamiento que busca el infinito y la pasión agarrada a lo concreto⁽³⁾.

Tenerlo en cuenta —tener en cuenta, en definitiva, la mencionada indicación orientadora de Fèbvre: *método es el hombre*—, revalida, de una parte, los buenos títulos de la biografía en cuanto materia preferente de investigación para el *historiador humanista*; pero, de otra parte, puede aplicarse a su encauzamiento metodológico. Si, como reconocíamos al principio, la biografía representa hoy un género historiográfico "en baja", ello se debe, en gran medida, a la ligereza con que en la mayoría de los casos se construyen esas "semblanzas" comerciales, más o menos noveladas, pero desde luego carentes de rigor científico, que inundan nuestras librerías. El biógrafo-científico no puede llevar a cabo su obra sin tener en cuenta un mundo de matices, de "contextos": la "circunstancia" o las "circunstancias" de que hablaba Ortega. Ese mundo de matices o de circunstancias, examinadas a través del prisma de una biografía, nos devuelve, enriquecida, la visión histórica de conjunto. Pienso, por ejemplo, en lo que son, no sólo como monumento de erudición y sensibilidad, sino como reconstrucción de una época —nuestro apasionante siglo XVIII—, el magnífico libro de Demerson sobre Meléndez Valdés, o el de Défourneaux sobre Olavide. Pienso en lo que representa, incluso inacabado, el minucioso estudio de Giménez Fernández sobre el Padre Las Casas.

Nuestro gran maestro de historiadores, Jesús Pabón, ha hablado de dos tipos de biografía. "Existe, en principio, una opción —una disyuntiva— para el autor de la biografía. Trazar la vida del personaje, *desde dentro*: psicología individual,

intimidad, proceso y reacciones del carácter. Trazarla, contrariamente, *por líneas exteriores*, a base de las realidades —las cuestiones— públicas que el personaje estudió o vivió. Pueden servirnos, como ejemplos, dos biografías muy extensas y difundidas: la de Bismarck, escrita por Emil Ludwig; la de Gladstone, obra de John Morley. Quien las leyó, percibió todo lo que las separa”(4). El propio Pabón sitúa su magna obra sobre Cambó en el segundo de estos apartados, y razona los motivos: “Aunque hubiese sido mi propósito optar decididamente por una biografía de Cambó desde dentro, no hubiera estado en mis posibilidades. Hablé, en su momento, de la separación rigurosa que Cambó estableció, en vida, entre lo privado y lo público: lo primero... no había de trascender, ni como noticia, ni como influencia, en el área de lo segundo. Ese cuidado se refleja en sus papeles..., donde lo no político ocupa espacio brevísimo. La biografía desde dentro habría de hacerse contra su voluntad, en la busca de materiales que no quiso dejar, y contra el tiempo próximo a el en que escribe...”(5)

Cierto que el resultado, en este caso concreto, ha sido espléndido: Pabón nos brinda, en realidad, el más brillante cuadro de nuestra vida política del siglo XX, haciendo girar los acontecimientos en torno a una de sus claves maestras —el catalanismo encarnado en la figura del gran artífice de *la Lliga*—. Y eso nos interesaba mucho más que conocer las complicaciones eróticas o sentimentales del señor Cambó. Pero es que, por añadidura, en todo el libro campea esa penetración para calar en el entresijo psicológico de sus personajes, que es cualidad sobresaliente en Pabón, admirable diseñador de retratos definitivos(6). Puede, pues, considerarse su biografía de Cambó como un modelo perfecto para los que, partiendo de concretos fondos documentales privados, se proponen la revisión de una etapa cronológica vinculada a una trayectoria humana. En cualquier caso, la amplitud de visión —el conocimiento a fondo del cuadro político, social, internacional, del mundo contemporáneo— ha permitido “entender” mejor al personaje; y, a la recíproca, una vez caladas las “razones” de éste, iluminar decisivamente el conjunto de sus circunstancias.

Puede darse también la biografía que sólo interesa “desde dentro”, o que requiere, para conocer todas sus conexiones exteriores, una esencial profundización en el mundo estrictamente espiritual del biografiado: es el caso de nuestros místicos del siglo XVI; y de aquí que resulte tan decepcionante, en cuanto a sus resultados, el estudio, que invierte los

términos “aproximativos” de Gérald Brenan sobre San Juan de la Cruz.

Pero en general, la biografía debe entenderse “a dos vertientes”: como una “captación” del personaje *por líneas exteriores* —las condicionantes que influyen y son influidas—; y estudiando las reacciones de aquél desde la intimidad de sus peculiaridades psicológicas. Pienso en el admirable libro de Joachim C. Fest sobre Hitler⁽⁷⁾. “En realidad —escribe Fest— él (Hitler) fue más la imagen devuelta por un espejo que la gran contradicción de su tiempo. De forma continuada se tropieza con las huellas de una identidad oculta...”⁽⁸⁾. “Realmente, su aparición da la sensación de constituir algo así como un producto sintético de todos estos temores, pesimismo, sentimientos de rechazo y resistencia”⁽⁹⁾. Pero al mismo tiempo, “sin él resulta impensable todo lo acontecido. Su personalidad nos brinda el ejemplo de un individuo capaz de ejercer un enorme poder sobre el proceso histórico...”⁽¹⁰⁾. “Ninguno de los muchos partidarios que después de lentos comienzos empezó a conseguir, tuvo, como él, los instintos fundamentales psicológicos, ideológicos y sociales para crear un movimiento que los expresase; él no sólo fue siempre su Führer, sino constantemente su exponente...”⁽¹¹⁾ Fest subraya aquí adecuadamente las dos razones que abonan el interés de un concreto estudio biográfico del personaje Hitler: su carácter de polarizador de una serie de reacciones, de ideas, pasiones y sentimientos generalizados en su medio y en su tiempo; y la peculiar inflexión que, partiendo de ellos, iba a dar a la marcha política de Europa y del mundo. Algo parecido cabría decir de otro alemán muy anterior a Hitler: Martín Lutero. Por mucho que atendamos a las realidades que prepararon, o que encuadraron, la Reforma protestante —crisis interna de la Iglesia, debilitación de la autoridad papal como consecuencia del Cisma de Occidente y de la relajación paganizante implicada en el Renacimiento, tensiones ancestrales entre germanismo y romanismo, enfrentamientos de escuela entre universalistas y nominalistas, crítica corrosiva de los seguidores de Erasmo—, la Reforma no hubiera tomado cuerpo nunca, al menos en la forma y con la trascendencia que inmediatamente adquirió, sin lo que pudiéramos llamar “agonía existencial” del hombre Martín Lutero; sin su constante tensión entre el anhelo de alcanzar a Dios desde sus limitaciones humanas, y la conciencia clara de esas mismas limitaciones —y de aquí la sustitución plena de la voluntad por la fe, el desaliento ante la imposibilidad de “cooperación” a la obra divina. Cualquier historia de la Reforma

—pienso en la excelente de Atkinson, por ejemplo—, es, al mismo tiempo, un análisis de la problemática humana de Lutero; cualquier intento de aproximación al personaje Lutero se convierte en erudito estudio de la Reforma⁽¹²⁾.

La Biografía no puede confundirse nunca con el mero *ensayismo*, aunque el género “ensayo”, tan difícil de definir, sirva a veces muy bien para lo que pudiéramos llamar “semblanzas intuitivas”, al modo brillante e inteligente de Madariaga. Quiero decir que la biografía científica debe partir, en primer lugar, de una búsqueda documental exhaustiva —eso que ahora se tiende a menospreciar bajo el simple rótulo de “historia clásica”, pero que sigue siendo base insustituible, como todo lo “clásico”, para cualquier tipo de investigación o de profundización en lo humano. En los últimos tiempos, el descubrimiento de grandes filones archivísticos de carácter privado, está haciendo posible una revisión sistemática de los supuestos de nuestra historia contemporánea: mientras esos filones no sean conocidos a fondo, seguiremos moviéndonos en pura provisionalidad.

En segundo lugar, y sin salir de lo que llamaríamos estricta “vía informativa”, el biógrafo debe estar muy atento al testimonio literario del tiempo por el que se interesa. No me refiero simplemente a lo que de él nos llega a través de diarios y memorias —los cuales, en su inmensa mayoría, requieren un meticuloso cuidado por parte de quien los utilice, para salvar lo que encierran de pura intencionalidad “defensiva” o justificante, y obligan de continuo a leer entre líneas, ya que a veces es precisamente lo que no se dice, o la forma en que las cosas se nos dicen, lo que de ellos conviene recoger—: sino a lo que, como eco especialmente fiel a una época, o a unos modos de vida, supone en general la creación literaria o artística coetánea al biografiado. Alguna vez he insistido en la importancia que los testimonios literarios revisten en cuanto “camino abierto a una mejor comprensión del hombre en el tiempo: el hombre, como individuo ante una situación determinada; el hombre, integrado en una concreta sociedad... la creación literaria constituye un elemento clave para la elaboración de la historia total, y ello por dos razones muy claras: de una parte, como testimonio o reflejo del mundo en que brota; de otra, como expresión de una mentalidad, que se enfrenta, acorde o disconforme... con ese mismo mundo...”⁽¹³⁾.

En fin, y partiendo de estas fases informativas, el biógrafo cuenta con dos cauces de aproximación *al individuo y su tiempo*, imprescindibles en su caso: el definido por el vitalis-

mo orteguiano —el “método histórico de las generaciones”, todavía no suficientemente aprovechado, quizá por no demasiado bien entendido—; y el análisis psicológico. Me apresurará a advertir que uno y otro cauce requieren mucho tacto y cautela en su utilización. La teoría orteguiana, brillante y aguda en su planteamiento general —el contraste entre contemporaneidad y coetaneidad como clave para entender tensiones en el tiempo histórico, que encuadra siempre la coexistencia de tres niveles generacionales de diferente mentalidad; la definición de crisis, que llega cuando ese contraste se hace especialmente agudo—, resulta discutible en cuanto se pretende convertirla en sistema rígidamente “geometrizado”: fijación de ciclos exactos en la sucesión generacional, pretensión de articular por etapas cronológicas inmutables la vigencia exacta de las generaciones. En cuanto a la “vía psicológica”, muchas veces necesariamente intuitiva, aunque deba mucho en sus progresos a lo que llamamos “psicoanálisis”, no ha de confundirse con una aplicación sistemática de las geniales teorías de Freud; en primer término, porque hoy por hoy nos hallamos en pleno revisionismo —indudablemente necesario— de aquéllas: y en segundo lugar, porque nada hay que tanto nos haga correr el riesgo de una simplista interpretación del acontecer histórico a base de causas mínimas —la famosa “nariz de Cleopatra”— como los determinismos deducidos de un psicoanálisis “forzado” —por ejemplo, pretender hallar la última causa de la primera guerra mundial en los complejos derivados de un defecto físico del kaiser Guillermo II.— Hace algunos años, el psicoanálisis freudiano constituyó una verdadera moda, sobre todo en Norteamérica; todos recordamos el reflejo de esa moda en el sensible mundo cinematográfico, en el que hizo verdaderos estragos; pero acabó por agotarse en excesos que rozaban peligrosamente el ridículo —veta que, “rizando el rizo”, ha sabido explotar ingeniosamente, desde el flanco de la creación artística, al “camelismo” de Salvador Dalí.

Aunque el psicoanálisis tiene ya su lugar y su audiencia obligada en la historia, y concretamente en la biografía, debe utilizársele con todo género de precauciones, renunciando a convertirlo en clave exclusiva del acontecer humano. Volvemos al problema de la libertad del hombre en la Historia, tal como Sánchez Albornoz lo ha planteado frente a Marx. Tanto Marx como Freud no pueden ser ya ignorados, pero es preciso desprenderse del mito de la infalibilidad, y no tenerlos por definitivos informadores de una metodología histórica. (Pienso en los excelentes logros de Gregorio Marañón en el

campo de la biografía: Marañón era un gran conocedor de Freud, pero se atuvo siempre a un prudente equilibrio que fiaba más de sus propias experiencias como profundo escarbador en el ser humano —en todas sus dimensiones—, que de las teorías estrictas del genial austriaco.)

Es evidente que —tanto desde el punto de vista de la amplitud de fuentes documentales y bibliográficas disponibles, como desde el de la posibilidad de *entender* un tiempo histórico concreto—, una mayor proximidad cronológica puede favorecer la exactitud en los datos y en sus conexiones; pero a la recíproca, esa ventaja queda neutralizada con la dificultad, mayor a medida que los acontecimientos historiadados se nos aproximan, de salvar una objetividad ineludible, o de evitar al menos un franco apasionamiento.

Sin embargo, en este punto permítaseme concluir recordando lo que ya dije hace años acerca de los *criterios objetivos* a que ha de atenerse el historiador, y quizá, sobre todo, el historiador biógrafo: “La Historia no puede ser concebida como una pugna de buenos y malos: porque el historiador ha de proponerse una toma de contacto, no una toma de posiciones, ante la realidad. El historiador debe esforzarse en buscar las razones de sus protagonistas... Cada hombre tiene “su” razón. Sino que en las contiendas de carácter ideológico, cada antagonista tiende a convertir “su razón” en “la razón”. La postura del historiador debe ser exactamente todo lo contrario: debe impregnar su pluma, para ser objetivo, en una simpatía universal que amplíe su “yo” en vez de ahogarlo”.

Notas

(1) Claudio Sánchez Albornoz: *Historia y libertad*. Discurso pronunciado en la Academia dei Lincei, de Roma, en 1971. Utilizo su 3ª edición, incluida en el libro *Con un pie en el estribo*, “Revista de Occidente”, Madrid, 1974. págs. 243-244.

(2) Lo más curioso es que, en no pocos casos, el historiador que “se cree” moderno, se ha limitado a invertir los términos en que los viejos investigadores de la escuela positivista construían sus mamotretos. El positivista, atenido al *dato erudito* —aquejado de esa insaciable “datofagia” de que donosamente se mofó alguna vez Ortega—, empezaba por darnos una seca reconstrucción cronológica de la evolución política; seguía, en otro apartado, con la “historia de las instituciones”; luego, con “el mundo de la cultura”; “la economía”; “sociedad y costumbres”... El historiador de hoy comienza por los fundamentos socio-económicos,

sigue con los instrumentos institucionales, aborda luego —con imparcialidad muy relativa, por lo común— la evolución política, y acaba con un apartado “de compromiso”, dedicado a la cultura —claro es que entendiendo a ésta como expresión de un determinado protagonismo social. Eso sí, el historiador actual que en algo se respete, debe inundar sus páginas de esquemas estadísticos, aunque en algunas ocasiones los árboles no permitan ver el bosque y en otras sea el bosque el que no permite reparar en los árboles, pero le falta —también por lo general— habilidad para integrar o coordinar unos datos.

(3) “Lo que hay de falso, y a veces lo es, en los films, en las obras teatrales, en todos los libros, en las novelas, en las obras de historia e incluso en las memorias —ha advertido con exactitud un escritor francés dotado de todas las cualidades precisas para ser un auténtico historiador, aunque él no se tenga por tal—, es la escasez de perspectivas, su parcialidad, su estrechez. Se diría que no se trata jamás sino de una mirada lanzada de soslayo sobre una situación más o menos arbitraria, sobre tal o cual problema particular, transitoriamente de moda. ¿Cuál es el sentido de una novela que refiere una historia de amor sin situar sus personajes entre los acontecimientos de la época, que tienen, todos lo sabemos, un lugar tan enorme en nuestras preocupaciones de cada día; o sin dar todos los detalles sobre su situación económica, que preside, con toda evidencia —lo sabíamos ya antes de Marx, lo sabemos aún mejor después de él— sus recursos y su forma de ser? Inversamente, ¿cómo un manual de historia política o militar puede explicar la menor decisión sin antes revelarnos el trasfondo biológico, sentimental o —he aquí a Freud, luego a Marx— evidentemente sexual? A cada instante en una vida, todo es al mismo tiempo esencial...” (Jean d’Ormesson: *Au plaisir de Dieu*, Gallimard, París, 1974, pág. 259.)

(4) Jesus Pabón: *Cambó*, Barcelona, 1969. Tomo II, pág. X.

(5) *Cambó*, II, pág. XI.

(6) El mismo libro sobre Cambó encierra un inigualable friso de semblanzas magistrales. Y otro tanto cabría decir del resto de sus obras: pienso, por ejemplo, en las páginas dedicadas a Maura y Canalejas en el prólogo a la biografía de éste último, escrita por Sevilla Andrés; o en los capítulos consagrados a Mussolini y a Hitler en su libro *Los virajes hacia la guerra*; o en sus esclarecedores estudios en torno a la compleja personalidad de Jacinto Verdaguer.

(7) Joachim C. Fest: *Hitler, Eine Biographie*. Berlín/Viena, 1973. Cito por la trad. española de Guillermo Raebel (aunque no siempre acertada): *Hitler*. Noguer, Barcelona, 1974.

(8) Fest, T. I, págs. 13-14.

(9) Idem id., pág. 113.

(10) Idem id., pág. 13.

(11) Idem id., pág. 114.

(12) Sin llegar a estas personalidades señeras —y los ejemplos podrían multiplicarse— piénsese, de otro lado, en el caso de María Antonieta, figura que ha suscitado siempre repetida atención por parte de los biógrafos. A igual distancia de la magnificación, casi simbolista, de Belloc, y de la interpretación freudiana de Zweig, con intencionalidad mucho más modesta, pero quizá también más interesante, ahí está, como modelo de cuanto puede hacerse por la vía de la interpretación “culturalista”, el libro de Philippe Huisman y Marguerite Jallut (*Marie Antoinette. L'impossible bonheur*. Lausanne, 1970), definición de un mundo “visto” a través de la Reina: mundo que entra en crisis simultáneamente con la crisis personal de aquélla.

(13) *Sociedad, literatura, política en la España del siglo XIX*. Guadiana, Madrid, 1973. Págs. 13-14.